

Domingo 2º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Jn 1,29- 34

El evangelio hoy nos recuerda el testimonio del Bautista sobre Jesús. Ya el mero hecho que los primeros cristianos, después de la resurrección, cuando ya no albergaban duda alguna sobre la identidad de su Señor, conservaran la opinión que Juan tenía sobre Cristo indica la importancia que concedían a cuanto el Bautista pensaba sobre la misión de Jesús; muestra también el agradecimiento que sentían por haber prestado ese servicio a Jesús, cuando aún era un perfecto desconocido entre sus contemporáneos: fueron, en efecto, sus palabras las que lograron que la gente que había ido a oír al Bautista se fijara por vez primera en Jesús. Sin el testimonio de Juan, Jesús hubiera pasado desapercibido entre la muchedumbre. Juan tuvo el coraje de ser el primero en identificar a Jesús como el vencedor del pecado y la valentía de no silenciar cuanto sabía, sólo porque podría resultar demasiado increíble a sus oyentes. Avalado por el Bautista, Jesús pudo empezar a manifestarse entre los hombres. *Hasta el hijo de Dios necesitó de un testigo que le diera a conocer.*

En aquel tiempo, ²⁹al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:
«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ³⁰Ése es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo." ³¹Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel. »

³²Y Juan dio testimonio diciendo:

-«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. ³³Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, éste es el que ha de bautizar con Espíritu Santo."

³⁴Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Llama la atención que el cuarto evangelio, que da gran relieve a la figura y a la misión del Bautista (Jn 1,15-19-36), no narre el bautismo de Jesús. En realidad, más que 'bautista', Juan es visto como testigo de Jesús; lo precede, sólo para presentarlo oficialmente apenas llega. Juan Bautista es el único personaje en nuestro pasaje; su testimonio, el único tema. El narrador lo ofrece en dos intervenciones sucesivas. Ninguna de las dos responde a una pregunta previa (Jn 1,19.22): el de Juan sobre Jesús es *un testimonio no pedido, libremente dado.*

El primero testimonio se abre con un título, *cordero de Dios*, y se centra en la persona de Jesús; el segundo, que se cierra con otro título, *hijo de Dios*, trata del descenso del Espíritu sobre Jesús, de su bautismo 'espiritual'. Aunque ambos testimonios sean divergentes, tienen un elemento en común: Juan *no conocía* a Jesús, pero conocía bien a qué había sido enviado, a *bautizar con agua*. De hecho, *ha podido reconocer a Jesús, porque estaba haciendo aquello para lo que había sido enviado*. Antes de dar su primer testimonio, Juan *vió* a Jesús que se le acercaba; inicia el segundo testimonio, confesando haber *visto* al Espíritu descender sobre Jesús. ¿Por qué esta insistencia en *ver* antes de *testimoniar*? ¿No nos dice nada que el Espíritu vaya a posarse sobre Jesús, mientras él camina hacia los hombres?

Viendo a *Jesús que venía hacia él* (Jn 1,35), el Bautista deja de hablar de sí (Jn 1,19-28) y se pone a proclamar a Jesús. Juan es testigo de Jesús porque *ha visto* (Jn 1,32.33.34): identifica a Jesús mientras viene a su encuentro, caminando desde Dios hasta el mundo de los hombres. Ha sido la creciente proximidad de Jesús, el sentirse meta del camino de Jesús, lo que le lleva al testimonio y a la confesión de fe. Mal puede ser testigo aquel a quien no se le ha acercado Jesús. Y puesto que se le ha acercado, puede distinguirlo y testimoniarlo.

La primera parte del testimonio, centrada en *la persona de Jesús*, ha ido precedida de una revelación personal. El Bautista no se ha visto obligado a testificar, ha sido agraciado con una visión. Al Bautista le ha bastado ver venir a Jesús para reconocerlo como *cordero de Dios*, declarándolo superior a él y anterior; más aún, pone su misión personal al servicio de la revelación personal de Jesús (Jn 1,30-32). La segunda habla del *bautismo del Espíritu* (es Dios que inunda a su Hijo con el Espíritu, por eso no hay lugar para un bautismo de agua, característico del Bautista). Avisado por Dios, Juan puede conocer a su Hijo porque posee – lo ha visto descender – el Espíritu.

Es evidente que hay una intención apologética en esta escenificación. Juan ha cumplido su misión (Jn 1,31): ha dicho lo que ha visto (Jn 1,34) y cuanto le había sido revelado (Jn 1,33); ha hecho aquello para lo que había sido enviado. Apenas manifiesta la identidad oculta del que viene, mediante el testimonio claro, el Bautista se ha de ocultar: de ahora en adelante le toca "disminuir" (Jn 3,20). La voz en el desierto debe dejar el mundo a la Palabra.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Con su testimonio, el Bautista *saca del anonimato a Jesús y lo presenta al mundo* como el que estaba esperando, el que quitará el pecado; la posesión del Espíritu es la señal que ha visto cumplirse en Jesús y el motivo que le lleva a

proclamar Hijo de Dios. Evidentemente, el testimonio de Juan expresa *la fe de un cristiano*: Jesús es confesado públicamente como el que se entrega, como cordero, para redimir del pecado al mundo y como el único lugar del Espíritu de Dios entre los hombres; la entrega de la vida y la posesión del espíritu le hacen hijo de Dios. *Quien lo sabe, no puede callárselo. Hoy Cristo sigue necesitando de predecesores que le conozcan y le presenten ante el mundo; pero sólo lo reconoció quien estuvo preparándose, predicando a los demás la conversión a Dios.* Si Dios no hubiera contado con la disponibilidad del Bautista, Jesús no habría sido presentado como el Cordero, el hombre del Espíritu, el Hijo de nuestro Dios. Afirmando la misión de Jesús reafirmó la suya, serle testigo de excepción; *estando allí donde había sido enviado, haciendo lo que tenía que hacer, pudo ver venir hasta él a Jesús.*

Como en los días del Bautista, hoy sigue Dios necesitando de hombres que lo testimonien, sólo porque saben que Dios persiste en sernos cercano. Porque Dios está en camino hacia nosotros, necesita de precursores que preparen su llegada, anunciándola. ¡Todo el esfuerzo de Dios por hacérsenos semejante sería resultado inútil, si no va acompañado por el testimonio de quien lo sabe y lo publica! Le faltan al mundo, ¡le faltan al Dios que viene hasta nosotros en Jesús!, creyentes que vivan testimoniando cuanto han visto. ¿Dónde encontrar hoy un Bautista que nos señale la presencia de Jesús entre nosotros?

El cristiano hoy, como el Bautista ayer, ha de vivir para señalar la presencia de Dios en el mundo, para no permitir que se le ignore o se le arrincone, para no dejar que se le silencie o se le olvide. *Aunque personalmente no perdamos nunca de vista a Dios, si lo pierde nuestro mundo por causa de nuestro silencio, lo estaremos perdiendo todos:* la mejor manera de sentir la presencia de Dios hoy es dedicarse, como el Bautista, a verlo personalmente y proclamarlo presente. *El testigo defiende su experiencia cuando la publica:* ¡defendamos nuestra fe en Dios proclamándolo presente en el mundo!; ¡y ayudemos a quienes nos rodean a identificarlo! Para hacer esta labor de precursores de Dios, estamos, sobre este mundo los creyentes.

Pero qué hizo al Bautista, que sólo se dedicaba a predicar la conversión auténtica y el juicio inminente, testigo del cordero de Dios y anunciador de su Hijo. Se puso a testimoniar a Jesús cuando lo *vio venir*: fue la visión de Jesús lo que le convirtió en su testigo. *Quien desee ser testigo fehaciente de Jesús hoy tendrá que haberlo visto.* ¿Qué hacer, dónde estar, para poder ver a Jesús venir a mí? *Cumpliendo la misión, como el Bautista, veré venir hasta mí a Jesús.*

El Bautista, en efecto, estaba haciendo lo que se le había mandado; fue mientras realizaba su misión, cuando logró ver a Jesús que se le acercaba. Jesús, pues, se deja ver de quienes encuentra realizando la vocación a la que han sido llamados; *estar donde quiero o más deseo no me hace el contradicho con Jesús, ni su testigo; estar donde he sido enviado, hacer lo que quieren que haga me prepara para ver a mi Señor.* La misión cumplida es la mejor preparación para ver al Señor que viene: *si estamos donde fuimos enviados, haciendo lo que se nos mandó, veremos al Señor que nos llamó viniendo hacia nosotros* ¿Por qué, entonces, encuentro tanta dificultad para ver al Señor cuando hago lo que El quiere de mí? ¿Por qué diablos el apostolado no me lleva a encontrarme cara a cara con mi Señor? Mal puedo convertirme en su testigo, sino no lo he visto venir. ¿Por qué no logro vivir mi misión personal como preparación para el encuentro personal con Dios?

Aunque no lo conocía, el Bautista vio venir a Jesús y pudo confesarlo. No lo conocía..., ¡y pudo reconocerlo! Se le había anunciado antes de encontrarlo y, cuando lo vio, pudo presentarlo a los demás. Evangelizar – hablar sobre Jesús – es cosa de enviados: no es el saber muchas cosas sobre Jesús lo que nos hace evangelizadores fiables sino conocer que somos sus enviados y estamos donde hemos sido enviados. *Es la obediencia, en definitiva, no los conocimientos, lo que hace al testigo. ¿Dónde se nutre mi evangelización, en libros que leo o en el Jesús que contemplo?*

El ‘bautismo’ del Espíritu, que implicaba, primero, su posesión y, luego, su donación a otros, fue la señal que recibió el Bautista para identificar a Jesús como hijo de Dios. Sólo quien tiene el Espíritu y lo concede gratuitamente, merece ser testimoniado: *sólo Jesús, el Hijo de Dios, nos merece como testigos.*